



I Concurso Puertorriqueño de Deletreo Contextualizado Programa de Español

Toñito el invisible, Gianni Rodari

Una vez, un muchacho llamado Toñito fue a la escuela sin saberse la lección, y estaba muy preocupado temiendo que el maestro se la preguntara. Toñito pensaba: "¡Si pudiera volverme invisible...!"

En el salón, el maestro pasó lista, y cuando llegó al nombre de Toñito, éste respondió: "¡Presente!", pero nadie le oyó y el maestro dijo: –Lástima que no haya venido Toñito; precisamente había pensado en preguntarle a él la lección, Espero que, si está enfermo, no sea nada grave.

Así Toñito comprendió que se había vuelto invisible, como había deseado. De la alegría, dió un salto desde su pupitre y fue a parar al zafacón. Se levantó y fue dando vueltas por la clase, tirando del pelo a sus compañeros y volcando tinteros. Hubo ruidosas protestas y discusiones interminables. Los alumnos se acusaban los unos a los otros, sin poder sospechar que el culpable de todo era Toñito el invisible.

Cuando se cansó de jugar de esta manera, se marchó de la escuela y se subió a un autobús, sin pagar el billete, naturalmente, porque el cobrador no podía verlo. Encontró un asiento libre y se sentó. A la parada siguiente subió una señora con la cesta de la compra y fue a sentarse allí precisamente, pues a sus ojos parecía un asiento desocupado. Pero en cambio, se sentó sobre las rodillas de Toñito, que apenas si podía sostenerla. La señora gritó:

–¿Qué truco es éste? ¿Es que ya no podemos ni sentarnos? Miren, intento dejar la cesta en el suelo y se queda suspendida en el aire.

Hubo una gran discusión y casi todos los pasajeros se quejaron duramente de la compañía de tranvías. Pero la cesta, en realidad, estaba apoyada sobre las rodillas de Toñito.

Toñito bajó en el centro de la ciudad, entró en una pastelería y comenzó a servirse a voluntad, tomando a manos llenas toda clase de pastelillos y dulces. La vendedora, al ver desaparecer las pastas del mostrador, le echó la culpa a un caballero que estaba comprando caramelos para una anciana, tía suya. El señor protestó:

–¿Un ladrón, yo? ¡Usted no sabe con quién habla! ¡Usted no sabe quién era mi padre! ¡Usted no sabe quién era mi abuelo!

–Ni quiero saberlo –contestó la vendedora.

–¿Cómo se permite usted insultar a mi abuelo? –dijo el señor muy airado.

Fue una discusión terrible.

Toñito el invisible se coló por entre las piernas de los presentes y se dirigió de nuevo hacia la escuela para asistir a la salida de sus compañeros. En efecto, vió como salían, mas bien, cómo rodaban escalera abajo, pero ellos no le vieron en absoluto. Toñito se empeñaba en vano en perseguir a éste o aquél, en tirarle el pelo a su amigo Roberto, en invitarlos a jugar en el parque. Roberto, en invitarlos a jugar en el parque. No le veían y no le hacían ningún caso; sus miradas lo traspasaban como si hubiese sido de vidrio.

Toñito regresó a casa un poco cansado y un poco descorazonado. Su madre lo estaba esperando asomada por al balcón.

–¡Estoy aquí, mamá! –gritó Toñito.

Pero ella no le veía y no le oyó, y mientras, seguía mirando ansiosamente a la calle en espera de verlo aparecer.

–Aquí estoy, papá –dijo Toñito–, una vez en casa, sentándose a la mesa en su puesto de siempre.

Pero su papá murmuraba inquieto:

–¿Por qué tardará tanto Toñito? ¿No le habrá ocurrido alguna desgracia?

–¡Pero si estoy aquí! ¡Aquí! ¡Mamá! ¡Papá! –gritaba Toñito.

Pero ellos no le oían.

Ahora Toñito lloraba, pero ¿de qué sirven las lágrimas si nadie puede verlas?

–No quiero ser invisible nunca más –se lamentaba Toñito con el corazón destrozado en mil pedazos. Quiero que mi papá me vea, que mi mamá me regañe, que el maestro me pregunte la lección. Quiero jugar con mis amigos. ¡Qué feo es ser invisible! ¡Qué feo es estar solo!

Salió a la escalera y bajó lentamente a la calle.

–¿Por qué lloras? –le preguntó un viejecito que estaba sentado en un banco tomando el sol.

–Pero, ¿usted me ve? –preguntó Toñito con ansiedad.

-Claro que te veo. Te veo todos los días al ir y volver de la escuela
-contestó.

-Pero yo no le he visto nunca a usted.

-¡Ah!, lo sé -exclamó-, En mí no se fija nadie. Un pobre viejo jubilado,
solitario, ¿por qué tendrían que mirarme los muchachos? Yo para ustedes soy
como un hombre invisible.

-¡Toñito! -gritó en aquel momento su mamá desde el balcón.

-¿Me ves, mamá?

-¡Ah! ¡Ojalá no te viera! Vamos, sube y oírás a tu padre -contestó.

-¡Subo en seguida, mamá! -gritó Toñito lleno de alegría.

-¿No te da miedo que te regañen? -le preguntó riendo el viejecito.

Toñito se le echó al cuello y le dió un beso.

-Usted me ha salvado -dijo.

-Eh, ¡vaya exageración! -dijo el viejecito.



I CONCURSO PUERTORRIQUEÑO DE DELETREO CONTEXTUALIZADO

